

Don Ramón Menéndez Pidal y el romancero

por Víctor Pliego de Andrés

Conferencia ofrecida el 27 de junio de 2025 en la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid, dentro del tercer ciclo “El Acervo Común” organizado por la Fundación Joaquín Díaz y la Cátedra de Estudios sobre la Tradición de la Universidad de Valladolid





Texto licenciado bajo licencia Creative Commons

Reconocimiento-No Comercial-Compartir Igual 3.0 España:

<<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/legalcode>>

Se puede hacer uso libremente de la obra en los términos indicados en la citada licencia.

Las ilustraciones de esta obra han sido recreadas mediante inteligencia artificial ChatGPT, bajo la dirección artística de Víctor Pliego de Andrés.

CONTENIDO

1.	La casa del olivar	7
2.	El Archivo del Romancero	13
3.	Una familia singular	19
4.	El país del romancero.....	25
5.	Del aula a la escena.....	33
6.	Una historia en tres actos	37
7.	Colofón	45
8.	Anexo: La crestomatía.....	49



1. La casa del olivar

Puede parecer mentira, pero yo conocí a don Ramón el siglo pasado. Lo traté de lejos, en su casa de Madrid, en el distrito de Chamartín, dónde mi madre colaborada con él en distintos proyectos como la *Crónica de Alfonso Onceno* o la *Crestomatía del español medieval*. Mi madre, Marisol de Andrés, (1934-2024) tuvo la suerte de ser discípula de Rafael Lapesa (1908-2001) en la Universidad Complutense. Era hija Pablo de Andrés Cobos y Enriqueta Castellanos, maestros próximos a la Institución Libre de Enseñanza. Rafael Lapesa supo apreciar y fomentar la primorosa formación que Marisol había recibido de sus padres. La presentó a Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), quien la incorporó, en 1955, al equipo de investigadores que coordinaba desde su casa en Chamartín, en la cuesta del Zarzal número 23 (actualmente es la Calle Ramón Menéndez Pidal núm. 5). Justo un año antes se había fundado allí el Seminario de Investigación Menéndez Pidal dentro la Universidad



Complutense, que se convertirá, años después, a partir de 1981, un Instituto Universitario.

La joven filóloga tenía entonces veintiún años. En los sesenta llegué yo a este mundo. La conciliación familiar con el trabajo no era fácil y mi madre me llevaba de paquete. Desde nuestra casa, íbamos dando un paseo de media hora hasta la cuesta del Zarzal. Mi madre iba con el carro de la compra para aprovechar y hacer los recados en el Mercado de Chamartín. En vez de ayudar, yo insistía por ir montado encima del carro aumentado su carga. También recuerdo las visitas a la imprenta de la editorial Gredos en el barrio de la Prosperidad para recoger galeradas, donde el linotipista me regaló mi nombre completo fundido en una ardiente línea de plomo.

Mientras mi madre trabajaba con Ramón Menéndez Pidal, yo me quedaba en el jardín, evitando un perro que me daba miedo y buscando tortugas bajo los setos. Don Ramón, que tenía más años que las dos



tortugas juntas, también me daba un poco de miedo. Mi madre me vigilaba desde su mesa de trabajo colocada junto a una ventana del primer piso, en el mismo despacho que utilizó María Goyri. A veces, yo jugaba con otros niños que había por allí, bisnietos del sabio. La relación de mi madre con la familia Menéndez-Pidal fue algo notable pues abarcó cuatro generaciones. Además de trabajar con don Ramón, fue colaboradora y buena amiga de su nieto, Diego Catalán.

A Jimena, la hija de don Ramón y madre de Diego, la tratamos en el Colegio Estudio, centro que me abrió sus puertas antes de que yo naciera, pero al que no llegué a incorporarme hasta el Curso de Orientación Universitaria. En la calle Miguel Ángel 8, sede de aquella etapa, conocí a Jimena, de mirada afable y perspicaz. Y en estos últimos años hemos tenido el gusto de seguir las estupendas actividades que la bisnieta Sara Catalán promueve desde la Fundación Ramón Menéndez Pidal, domiciliada en aquella misma casa familiar. La escalera de madera que te recibe en el zaguán sigue emanando la misma fragancia que tengo anclada en mi memoria más remota. Tal vez de un antiguo cedro, no sé... pero reconozco ese olor.

Don Ramón Menéndez Pidal fue un extraordinario investigador, historiador, lingüista, filólogo, medievalista, folklorista, excursionista, bibliófilo... La vastedad de sus conocimientos e inquietudes estuvo unida a una capacidad sobrehumana de trabajo que se refleja en su inmensa obra. Su vida fue larga y fructífera; siguió trabajando hasta el final de sus días, a punto de cumplir cien años. Tras un paréntesis, pensando que no tendría tiempo para leerlos, confesaba a Dámaso Alonso que había vuelto a comprar más libros. Junto a su figura de titán, destaca una faceta moderna e interesante: su capacidad para crear equipos. Don Ramón siempre buscó rodearse de grandes colaboradores, empezando por su familia.

Su esposa, María Goyri (1873-1954), fue compañera de vida y de afanes. Se conocieron en el Ateneo de Madrid. María fue una mujer excepcional, pionera de la emancipación de la mujer, feminista, universitaria, erudita, investigadora, gimnasta, fotógrafa... Su figura se está recuperando, especialmente con las actividades que se han promovido desde



el año 2023, con ocasión del 150 aniversario de su nacimiento. Sobrina de María Teresa León, estuvo vinculada a la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, a la Institución Libre de Enseñanza, a la Residencia de Señoritas, al Instituto-Escuela, a la Junta para la Ampliación de Estudios y al Colegio Estudio. En 1937, los golpistas la calificaron como una “persona de gran talento, de gran cultura, de una energía extraordinaria, que ha pervertido a su marido y a sus hijos; muy persuasiva y una de las personas más peligrosas de España.” Ciertamente, la influencia de María inclinó a Ramón hacia las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, más liberales, alejándolo del tradicionalismo católico de su familia, que incluye hasta una santa: su prima Santa Maravillas de Jesús (1891-1974). Los hijos de Ramón y María fueron igualmente personalidades muy destacadas, criados en un inusual ambiente familiar y cultural. Gonzalo y Jimena, acompañaron a sus padres en muchas de sus andaduras académicas, como también hizo su nieto Diego.

Por otro lado, Ramón atrajo desde el mundo académico a colaboradores tan interesantes como Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís, Manuel Gómez Moreno, Manuel Manrique de Lara, Jesús Bal y Gay, Samuel Gil y Gaya o Rafael Lapesa, entre tantos otros. En contra del proverbial individualismo íbero, Menéndez Pidal trabajó con de distintas redes nacionales e internacionales, generando una inmensa trama de contactos y corresponsales en España, Buenos Aires, San Juan de Puerto Rico, México, Nueva York, Wisconsin y California.

Al mismo tiempo asumió importantes responsabilidades en no pocas ocasiones: director de la Real Academia Española, de la Revista de Filología, del Centro de Estudios Históricos, del Instituto de Filología de la Universidad Complutense, del Seminario de Lexicografía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y del Seminario que tomó su nombre.



Menéndez Pidal fue el patriarca y maestro de toda una escuela filológica. Promotor de las mejores prácticas científicas, cuidó la fundamentación en las fuentes y en los materiales de primera mano, sin olvidar la naturaleza creativa de la propia tradición con mirada que sigue resultando en la actualidad sorprendentemente moderna.



2. El archivo del romancero

Cruzaban los montes juntos,
hoyando senda y cañada,
Ramón con María al lado,
María, sabia y callada.

No iban de gala o fiesta,
ni en carroza engalanada,
sino en busca de la España
que en la voz antigua hablaba.

Era un viaje de bodas,
mas no de vino y alhajas:
viajaban por la entraña
de la tierra castellana.

Y al llegar a cierta aldea,
cruzando valles y sierras,
oyeron sonar un canto
que el viento trajo en la niebla.

María miró a su esposo,
Ramón quedó sin palabras:
era esa voz campesina
una joya rescatada.

No está muerto el romancero,
ni en los libros sepultado;
vive en la boca del pueblo,
en los campos, en los cantos.

Dentro de la monumental obra de Menéndez Pidal sobre los orígenes y evolución de la lengua española y sobre la épica medieval, resulta lógico que el romancero despertara pronto su atención. Es bien conocida la historia de su singular luna de miel con María Goyri siguiendo la ruta del Cid en 1900. Fueron un matrimonio original, amante de la naturaleza, de las excursiones y de la cultura popular.

Estando en Soria, en el Burgo de Osma, escucharon a una lavandera del Duero, natural de la Sequera de Haza, provincia de Burgos, cantar el romance sobre la muerte del príncipe don Juan. Se quedaron admirados al constatar la pervivencia del romancero antiguo en la tradición oral. Fue también un encuentro entre dos mundos que cambió sus perspectivas y abrió un diálogo entre el patrimonio histórico y el repertorio vivo, entre pasado y presente.

Aquí podemos escuchar la versión recogida en Neila (Burgos), en el año 2011, en las voces de Concepción Fernández y Margarita López por Javier Asensio García y Helena Ortiz Viana (Archivo del Patrimonio Inmaterial de La Rioja):



Unos años después, en 1910, Ramón Menéndez Pidal concluye una conferencia que ofrece en Nueva York diciendo: “La ciencia, congregando de nuevo los despedazados y dispersos miembros del romancero, ha de obrar su resurrección y presentarlo a nuestros ojos animado por un giron del alma de la raza, extendiendo su pacífico imperio desde Galicia a Cataluña, desde Asturias al Algarve, desde Cerdeña y las Baleares hasta las islas Azores y Madeira, hasta las costas del océano Pacífico, hasta las ciudades danubianas y de la Turquía Asiática; el romancero, en fin, ostentando su incomparable fuerza expansiva, ejerciendo sus seis veces secular encanto sobre la memoria y la imaginación de tantos pueblos.”





Tras el viaje de novios, la familia Menéndez-Pidal / Goyri y sus colaboradores se embarcaron en la recopilación, estudio y análisis del romancero, un quehacer que entrelaza sus inquietudes por la lengua, la historia, los viajes y lo popular. A partir 1909 promueven la recogida de romances en la península y en las comunidades sefardíes de los Balcanes, Turquía y Marruecos.

En la parte musical fue de gran ayuda Manuel Manrique de Lara (1863-1929) que, por su pertenencia a la armada, recalaba en distintos puertos. Los Menéndez-Pidal / Goyri fueron también grandes viajeros, conscientes de la importancia de moverse por el mundo para conocer directamente a los especialistas e informantes, las experiencias y las fuentes. En 1905, Menéndez Pidal viaja a América para asesorar en una disputa sobre los límites entre Ecuador y Perú, ocasión que aprovecha para acercarse el romancero del ultramar.

Antes que Menéndez Pidal, también realizaron trabajos fundamentales sobre el romancero Agustín Durán (1789-1862), Ferdinand Wolf (1796-1866), Konrad Hoffman (1819-1890), Manuel Milá i Fontanals (1818-1884) o Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), padrino de Ramón en su ingreso en la Real Academia (y personalidad a quien este ciclo dedicó la conferencia de enero a cargo de Borja Rodríguez Gutiérrez). Si bien la admiración por la vida rústica se remonta a la Edad Media y al Siglo de Oro, ese interés adquiere, desde finales del XIX, un tono científico dentro del programa regeneracionista del que Menéndez Pidal participa plenamente de la mano de María Goyri.

En estas querencias resulta fundamental la influencia ideológica de la Institución Libre de Enseñanza. Fundada en 1876, puso en movimiento, a través de la educación, el arte y la cultura, unos valores que servirán para construir nuevos espacios democráticos y civiles.



Aquel impulso robusteció la idea nacional definida por un marco jurídico igualitario, pero también por una identidad, una cultura, un territorio y un patrimonio compartidos. Por un acervo común, en definitiva. Estableció diálogos entre distintas clases sociales, entre el campo y la ciudad, lo cual permitió descubrir y reivindicar las grandes obras del pasado en igualdad con las tradiciones populares, otorgando a ambas una creciente estimación.

Estos saberes cimentaron una modernidad cuyos fascinantes efectos culminan en la Edad de Plata con la creación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907), el Centro de Estudios Históricos (1910), la Residencia de Estudiantes (1910) o las Misiones Pedagógicas (1931).



3. Una familiar singular

La casa familiar de Chamartín será desde 1925 vivienda, biblioteca, archivo y centro de investigación, una vez que el piso de Ventura Rodríguez 1 se quedó pequeño. También acogerá el Archivo del Romancero, con el material que irán reuniendo sistemáticamente. El archivo contiene miles de romances, grabaciones, partituras, fichas, mapas, notas de campo y fotografías. Diego Catalán (1928-2008) narra esta gran aventura familiar en *El Archivo del Romancero. Patrimonio de la Humanidad. Historia documentada de un siglo de historia*, que ocupa dos volúmenes publicados por Fundación Menéndez Pidal en el año 2001; y que además se puede consultar en Internet, de donde he obtenido muchos de los datos que aquí comparto. Ramón Menéndez Pidal no paró de diseñar grandes proyectos, buscando incansablemente financiación y colaboraciones para ello, tarea en la que le sucedió su nieto Diego Catalán.

Gracias a Diego Catalán conocemos el plan plurianual de investigación que su abuelo esbozó en 1901. Un apunte sobre el romancero aparece como tercer objetivo, tras la gramática y la crestomatía. La dedicación de Menéndez Pidal al romancero comprende dos etapas: una primera desde 1900 hasta 1928. En esta época publica *Los romances tradicionales en América* (1906), *Catálogo del romancero judío-español* (1907), *El romancero español* (1910), *Poesía popular y romancero* (1914) o el *Cancionero de romances impreso en Amberes* (1914).

Estos trabajos culminan con la que será su obra más difundida y popular: *Flor nueva de romances viejos*, publicada por primera vez en 1928 por la editorial Espasa-Calpe, donde ha conocido infinidad de reediciones. Ese mismo año, en paralelo, publica una compilación de artículos y conferencias con el título *El Romancero. Teorías e investigaciones*.



Planes 10 Julio 1901.

Febrero de 1901

Dic. 1901

Gramática del P.C.

Poema de José
Prologo de Wánica de Rivas

Dic. 1902

Cronomatia

Viage a Salamanca
- Viage a Sevilla y Toledo
Paris :

Dic. 1904

Romancero gal

Abad Don Juan
- Chavro
- Lema
- Linarces Rivas

Dic. 1906

Leyenda del A.D

Dic. 1907

Bibliografía de Wánicas

Fuentes Lucanor

Dic. 1910

El castellano en América

Dic. 1912

Historia del idioma Español

Dic. 1914

Gramática histórica del español

Dic. 1919

Historia de la lit. antigua

Dic. 1925

Edición de las Wánicas generales

Al filo de los años cuarenta, tras el golpe de estado y la guerra, don Ramón retoma el proyecto con los *Romances de América y otros estudios* (1939), *Cómo vivió y cómo vive el romancero* (1946), *El romancero nuevo* (1949) y *Sobre geografía folklórica, ensayo de un método* (1954).

Por fin, en 1953, aparece el *Romancero hispánico, teoría e historia* en dos volúmenes; y en 1957 comienza la edición del *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas. Español – Portugués – Catalán – Sefardí* (1957-1985) gracias a los materiales y notas recolectados durante años. Diego Catalán (1928-2008) editada doce volúmenes hasta 1985, con la colaboración de Antonio Cid, Flor Salazar y Ana Valenciano.

Actualmente se están preparando otros ocho volúmenes, que son una pequeña muestra del material total. La obra de Menéndez Pidal es tan monumental que sigue dando frutos después de su muerte. Recordemos que el plan había sido ideado en 1901. Una razón de estos retrasos es, junto a otros avatares y el inmenso volumen reunido, la preocupación que tuvo Menéndez Pidal por añadir a los textos las partituras musicales, todo un reto que no pudo completar como hubiera deseado.

Entre las aportaciones del entorno familiar se encuentra un romancero escolar inédito, compuesto en 1896 por María Goyri, del que llegó a haber galeradas en 1914. Ella también es la autora de diversos estudios como *Romance de la muerte del príncipe don Juan* (1902), *Romances que deben buscarse en la tradición oral* (1907), *La difunta pleiteada en la literatura española* (1909) y *De Lope de Vega y del romancero* (1953).

La hija de ambos, Jimena Menéndez-Pidal (1901-1990), publica un libro sobre los *Poemas del Cid y otras gestas heroicas*, en 1923, editado por la Junta para Ampliación de Estudios, con unos preciosos dibujos y mapas de Fernando Marco. Tenía entonces solo veintidós años.

En 1933, cuando alcanza la misma edad, su hermano Gonzalo Menéndez-Pidal (1911-2008) es el responsable de *Romancero* con ejemplos musicales y dibujos de Arturo Ruiz-Castillo publicado en la misma colección (Biblioteca Literaria del Estudiante).



Como curiosidad, cabe mencionar a Juan Menéndez Pidal (1858-1915), jurista, historiador y poeta, hermano mayor de Ramón que también se interesó por el romancero, publicando, en 1885, *Poesía popular. Colección de viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones recogidos directamente de boca del pueblo*.

Ambos, como su hermano el pintor Luis Menéndez Pidal, eran nietos de Pedro José Pidal (1799-1865), medievalista, académico y ministro que dio nombre a aquel plan educativo de 1845, precedente de la Ley Moyano de 1857, que se refería la enseñanza diciendo que “no es una mercancía que pueda dejarse entregada a la codicia de los especuladores, ni debe equipararse a las demás industrias en que domine sólo el interés privado.”



4. El país del romancero

Allá en viejos cancioneros
dormía el antiguo romance,
pero otro sigue vivo,
más allá de todo trance.

El uno escrito en vitela,
el otro en sonos al aire,
el uno fue de juglares,
otro, de todos y nadie.

Y Ramón, en sus viajes,
supo ver las coincidencias
entre viejos manuscritos
y cantos en su presencia.

“Romancero,” dijo el sabio,
“no estás entre las cenizas;
es tu memoria del pueblo,
memoria que no se olvida.”

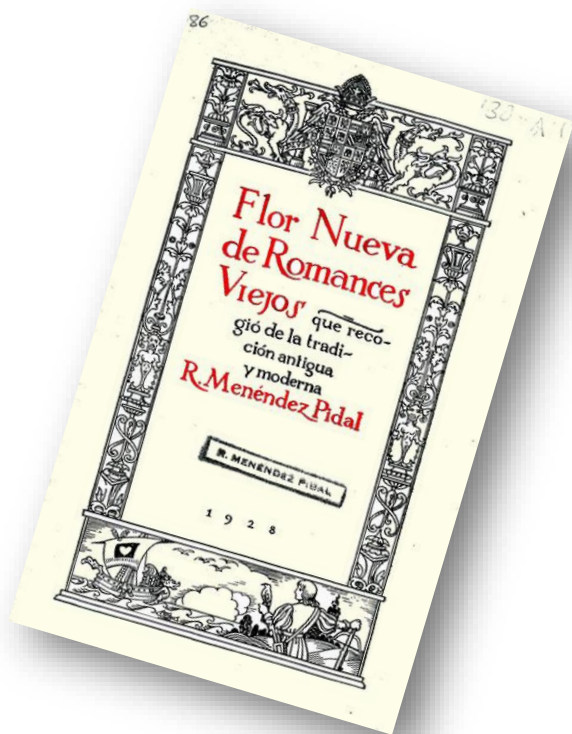
Gracias a quien los buscó
por las sendas escondidas,
el romancero persiste
como llama compartida.

Uno nace en los cantares,
otro en tinta bien escrita,
mas ambos son corazón
de una historia que aún palpita.

En el proemio de *Flor nueva*, Menéndez Pidal dice lo siguiente: “España es el país del romancero, se ha dicho, ¿pero es esto verdad? [...] Otros países tienen narraciones épico-líricas análogas [...] y, sin embargo, España es el país del romancero. [...] ¿Por qué, pues, de tal modo los romances son una creación original y representativa del pueblo español, mucho más que lo puedan ser los cantos épico-líricos de otros países? [...] La antigua epopeya española se distingue de otras por tener un campo de inspiración más moderno. [...] Esto quiere decir que España se manifiesta más tenaz, más tradicionalista en mantener en actualidad un viejo género literario. [...] Desde la segunda mitad del siglo XIV, lo mismo en Francia que en España, las invenciones y refundiciones de los poemas épicos decaían notablemente. [...] Pero mientras en Francia el olvido fue completo, en España el pueblo recordó persistentemente muchos de los fragmentos más famosos y los cantó aislados. [...] Al rodar el episodio fragmentario en la memoria, en la fantasía y en la recitación de varios individuos y generaciones, se olvidan detalles objetivos ininteresantes en un fragmento breve, y se desarrollan o añaden, en cambio, detalles subjetivos y sentimentales [...] para dejar lugar a la intuición rápida y viva de una situación dramática. Bajo esta forma perduran en el romancero multitud de figuras de la vieja epopeya nacional [...] y de episodios carolingios. [...] Y el romancero no solo es épico heroico en lo que deriva de las primitivas gestas; él por si solo cantó asuntos nacionales después de que la epopeya había cesado. [...] Lo mismo que la epopeya antigua, trató de informar al pueblo de los sucesos que ocurrían y preocupaban a la nación.”

Menéndez Pidal valora así la singularidad estilística del romancero español: “En medio de la relativa uniformidad del estilo de la canción narrativa de todos los países, los romances se distinguen por una extrema sencillez de recursos, que se manifiesta ora en la abstención y eliminación de elementos maravillosos o extraordinarios, ora en la parquedad ornamental, en la adjetivación reprimida, ora en la versificación, asonantada monorrima; es la misma austeridad realista, la

misma simplicidad de forma que caracteriza nuestra literatura más representativa desde el primer monumento literario. Con esa sencillez de recursos, los romances alcanzan gran viveza intuitiva de la escena, emoción llana y fuerte. [...] De este modo los recitadores de romances halagaban la vaguedad de la imaginación y del sentimiento, despertaban estados imprecisos del espíritu, que tan valiosos son para el arte refinado.”





Otro rasgo que destaca Menéndez Pidal en *Flor Nueva* es la enorme difusión de este repertorio por todo el mundo, como ya mencionó previamente en su conferencia de Nueva York: “Cabe considerar [...] como el romancero completa y afirma su inmensa difusión por todas las regiones peninsulares de lengua española, así como por sus hermanas de lengua portuguesa y catalana: por las islas, desde las Baleares y Canarias hasta las Azores y Madeira; por el Brasil y por toda América, desde Nuevo Méjico hasta la Patagonia; por todas las colonias judeo-hispanas, lo mismo en Marruecos que en la península Balcánica, en Asia Menor, en Siria y en Egipto. Y en todas estas regiones el romancero vive aún hoy, mostrando una extensión geográfica que ninguna canción tradicional iguala ni ha igualado nunca. [...] El romancero, extendido por todos los climas y los mares adonde se dilató el imperio hispánico es la canción épico-lírica que recrea la imaginación de más pueblos, esparcidos por todas las partes del mundo, por el hemisferio boreal y austral. Es la canción que ha alcanzado más altura literaria,

haciéndose digna de informar importantes ramas de la producción artística, tanto en la época clásica como en la moderna [...]. El romancero, en fin, [...] es quintaesencia de características españolas. He aquí por qué podemos repetir con verdad que España es el país del romancero.”

Resumiendo, podemos decir que, según Ramón Menéndez Pidal, la singularidad del romancero hispano se deriva de su sencillez, su prolongada supervivencia, su persistente actualidad, su fraccionamiento, su vasta difusión y su concisión dramática. Y prolonga sus búsquedas, de la mano de María, en fuentes literarias y teatrales del Siglo de Oro. En *Flor nueva también* explica su personal relación con este género: “Yo aprendí desde la niñez los romances en una tierra empapada de ellos, en la arcaizante Asturias. Su canto alegraba las siempre alegres excursiones muchachiles por el puerto de Pajares, [ya en Madrid] por los encinares del Pardo, por las entonces solitarias cumbres del



Guadarrama; y reanimados por frescas voces femeninas, contagiadas de la afición, afirmaban en mi ánimo la verdad del consabido verso: «Viejos son, pero no cansan».”

Es muy bonita está preciosa cita, así como la relación del romancero con el excursionismo; otra afición compartida por los Menéndez-Pidal / Goyri, la Institución Libre de Enseñanza y mi propio entorno familiar.

Prosigue don Ramón: “Yo, después, para estudiar la esencia y la vida de la poesía tradicional, he buscado los restos antiguos del romancero en las bibliotecas principales de Europa, los he buscado con avidez en la tradición viva y los he oído cantar en multitud de pueblos, desde las brañas de los vaqueros asturianos hasta las cuevas del Monte Sacro, a la vista de la romancesca Granada; los oí en las orillas del Plata y al pie de la gigantesca mole de los Andes. Yo me encuentro así que soy el español de todos los tiempos que ha oído y leído más romances. Las versiones que agradan mi imaginación tan llena de recuerdos tradicionales, las que me gusta repetir, las que doy aquí al público, creo que son una partecilla de la tradición.”



5. Del aula a la escena

Desde su origen, los romances quisieron ser informativos y formativos; tuvieron una inequívoca vocación didáctica al utilizar la poesía cantada como vehículo privilegiado para transmitir el saber. Este espíritu pedagógico enlaza con el sentir de institucionistas y regeneracionistas. En el proemio antes citado, don Ramón se interroga: “Hoy la tradición está decaída porque sólo vive entre los rústicos, pero ¿acaso no podrá revivir también en un ambiente de cultura?”

Toda aquella generación tuvo muy clara la importancia de la educación y la cultura para el desarrollo social del país. Sus esfuerzos desembocaron en un período con iniciativas educativas desarrolladas en España que eran punteras en el escenario internacional como las Colonias de Vacaciones, las escuelas de la Fundación Sierra Pambley, el Instituto-Escuela, la Residencia de Estudiantes, el Grupo Escolar Cervantes o las Misiones Pedagógicas. En ellas se apostaba por una educación integral, cívica, estética y científica. El estudio y la práctica de las bellas artes, tanto las del canon culto como las manifestaciones populares, adquirieron relevancia en los planes de estudios. La cultura popular fue adquiriendo un reconocimiento antes ausente entre las clases altas y medias. Así se fue desarrollando un repertorio escolar, que incluía canciones y romances que aún forman parte de la memoria colectiva de toda una generación. El romancero se incorporó a la escuela como una fuerza que despierta en los niños el amor por la lengua, la historia, la música, la danza y la poesía.

Pero el creciente protagonismo del romancero en el panorama intelectual también fue tratado por autores de la Generación del 27. El romancero había llegado a la escuela, pero también inspiraba a grandes escritores. En aquellos años, Alberti escenificó el *Romance de don Bueso y de la infanta cautiva*, con música y letra recogidas por Martínez Torner, destinado al Retablo de Fantoques de las Misiones Pedagógicas que dirigía Rafael Dieste (1899-1981), que por otro lado había adaptado el romance de *La doncella guerrera*. El grupo de teatro

universitario La Barraca (1931-1936), dirigido por Eduardo Ugarte (1901-1955) y Federico García Lorca (1898-1936), ofreció un espectáculo titulado *Fiesta del romance*. En sus memorias, Luis Sáenz de la Calzada (1912-1994) afirma que fue el montaje con más canciones del grupo. Con estas iniciativas tiene continuidad el ir y venir de los romances desde la oralidad a la escritura, y desde la escritura hasta la escena, o viceversa.

En el Instituto-Escuela también se representó el *Romancero del Cid* en los años 1934 y 1935. Han dejado testimonio de ello sendos manuscritos de Fernanda Troyano de los Ríos (1902-2000) que se conservan en el archivo de la Fundación Estudio. Jimena Menéndez-Pidal desarrolló actividades como profesora y, a partir de 1933, como directora de párvulos en el Instituto-Escuela, donde montó varias representaciones teatrales: *La pájara pinta* de Rafael Alberti (1931), *Una boda en tiempos de Lope de Vega* (1932) y *El conde Sol* (1933). *La pájara pinta* fue interpretada en los Jardines del Campo del Moro de Madrid, el 24 de abril de 1932, ante el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, y quien le sucedería en el cargo, Manuel Azaña, y con Alberti como recitador. Cabe recordar que su esposa era entonces la escritora María Teresa León Goyri, tía de María Goyri.

María Goyri preparó para la ocasión un pliego anotado del romance de «El conde Sol», del que se imprimieron y repartieron tres mil ejemplares para su uso en las escuelas madrileñas. En el archivo de la Fundación Menéndez Pidal se conserva un dibujo de Jimena con los principales personajes del romance de «El conde Sol» así como el diseño de escena realizado por Arturo Ruiz Castillo (1910-1994) y una fotografía de la representación. Martínez Torner incluyó arreglos cantados a dos voces de este romance en su *Metodología del canto y de la música* (1935), romance que también fue incluido en las antologías escolares de Norberto Hernández (*Los clásicos en la escuela*, 1935) y Quiliano Blanco (*Senda lírica. Flor de poesías para la escuela*, Ávila, s.f.) (ambos colegas y amigos de mi abuelo Pablo de Andrés). En 1934 el Coro de Pueblo, dirigido por Torner, grabó este romance en un disco de pizarra.



«Romance del conde Sol»

Coro del pueblo dirigido por Eduardo Martínez Torner

Versión restaurada por Víctor Pliego de Andrés a partir del disco
incluido en *Las Misiones Pedagógicas, 1931-1936*
(Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006)



No todo el saber se aprende
en libros y bibliotecas,
a veces viene con coplas,
con sus versos que embelesan.

El romancero es maestro
sin cátedra ni tarima
que llega al alma del niño
donde le educa y anima.

Canta historia y geografía,
canta batallas y amores,
con sus versos va mostrando
alegrías y dolores.

El niño que oye un romance
aprende lengua sin pena,
con la música y las danzas,
las palabras aletean.

Aprende justicia y valor,
compromiso y lealtad,
la lengua del pueblo llano,
la esencia de la amistad.

6. Una historia en tres actos

En 1940 se fundó en Madrid el Colegio Estudio, recogiendo el legado del Instituto-Escuela. Como directora figuraba María Goyri, a la que luego sucedería su hija Jimena Menéndez-Pidal. En 1947, este colegio estrenó en el Teatro de la Comedia de Madrid un espectáculo titulado *Historia del romancero*. Protagonizado por su alumnado, fue fruto de un ensayo pedagógico impulsado por Jimena. Teatro, poesía, historia, tradición, investigación, música y danza se unieron bajo la inspiración de la familia Menéndez-Pidal / Goyri y de las experiencias previas del Instituto-Escuela.

Magdalena Rodríguez Mata fue la encargada de la selección y arreglo de las músicas, Elisa Bernis (esposa de Gonzalo Menéndez-Pidal) de los bailes con la ayuda de Mariana Gutiérrez del Campo, Carmen García del Diestro se encargó del vestuario, Gloria Varela del atrezzo y



decorados y Ángeles Gasset de la escenificación. Y sin figurar expresamente, es manifiesto el apoyo y guía de María Goyri y Ramón Menéndez Pidal a todo este proyecto, así como el acceso a los materiales, algunos inéditos, del gran archivo familiar. Hasta un año después, en 1947 no se levantó el veto del que aún era objeto el matrimonio en aquella etapa franquista. En aquellos años Menéndez Pidal retoma sus estudios sobre el romancero.

Elvira Ontañón (1931-1925) fue una de las intérpretes. Tenía entonces 16 años. Gracias a su privilegiada memoria y a la documentación conservada, hemos podido publicar un libro que recupera letra, música y contexto de aquella maravillosa iniciativa que tantas ilusiones y esfuerzos concitó: *Una historia del romancero en tres actos* (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1924). Es un testimonio para la historia de la educación en España a la par que constituye un valioso material didáctico, plenamente vigente, ejemplo precioso de amor a la educación y a la cultura.

Quiero dedicar un recuerdo de Elvira, que falleció el pasado día 25 de mayo de 2025. Hija de la maestra María Sánchez Arbós y del científico Manuel Ontañón, fue pedagoga e historiadora, vinculada a la Fundación Francisco Giner de los Ríos y a la Fundación Sierra Pambley. Desarrolló su carrera docente en el colegio Estudio, donde fue directora muchos años. En el año 2019, ya octogenaria, defendió su tesis doctoral sobre María Goyri.

En su casa, Elvira me cantó los veinticinco romances de aquella historia del romancero, que pude grabar y transcribir. Entre ellos “El palmero”.





La *Historia del romancero* constaba de tres actos dedicados, sucesivamente, a los orígenes, el apogeo y la actualidad del romance. Antes de cada acto, a cortina cerrada, el hijo de Jimena, Diego Catalán, leía unas breves explicaciones, según relata su abuela María Goyri. Las piezas seleccionadas constituyen una antología del género. La investigación y la tradición adquieren con este proyecto una nueva vida en las voces, en las aulas y en la escena.

Acto primero

«Nacimiento del romance»

1. Las quejas de doña Lambra
2. La infantina encantada
3. La dama y el pastor
4. El palmero
5. Mal villano
6. Corri-corri

Acto segundo

«Apogeo del romance»

7. La lavandera
8. El cerco de Santa Fe
9. La pérdida de Alhama
10. El cerco de Baza
11. Muerte de don Alfonso
12. El conde Claros
13. Danza de la Corte

Acto tercero

«El romance en la actualidad»

14. La mala suegra
15. Don Bueso
16. El conde niño
17. La loba parda
18. Las tres cautivas
19. Gerineldo
20. ¿Dónde vas Alfonso XII?
21. Me casó mi madre
22. Fuime tras elle
23. Voltei para casa
24. Me puse a coser
25. Tomé entre mis brazos
26. Me caso mi madre

Tras el éxito de las funciones, Gonzalo Menéndez-Pidal comenzó al año siguiente el rodaje de una película con la *Historia del romancero* que quedó truncado. Se conservan algunas fotografías e imágenes en movimiento, sin sonido, en la Fundación Menéndez Pidal. El rodaje tuvo lugar en Tres Cantos y en la casa familiar de Chamartín.



Esta escena de las bolilleras forma parte de la película. Está montada en el solárium que don Ramón tenía al fondo de su jardín, en Chamarín, donde tomaba baños de sol protegido de las miradas por unas altas tapias.

Veamos otros ejemplos que muestran la relación directa de Ramón Menéndez Pidal con aquel espectáculo. La versión de Gerineldo con baile a tres procede de las Navas del Marqués (Ávila), de una encuesta realizada en julio de 1905 en compañía de Manuel Manrique de Lara. Veinticinco años después, en diciembre de 1930 Menéndez Pidal volvió a escucharlo y anotarlo acompañado en esta ocasión de Eduardo Martínez Torner. De esta segunda visita nos queda una foto de Miguel Catalán. Esta versión danzada es la que se incorpora a las funciones del colegio.



Y noventa años más tarde, en 1996, Carlos Porro graba un testimonio de este mismo romance en las Navas del Marqués, testimonio conservado y difundido por la Fundación Joaquín Díaz, donde canta Pilar Pablo Barbero (Wikimedia Commons).



El encuentro de don Ramón con «La loba parda» tuvo lugar en agosto de 1926, durante una excursión a Gredos con Claudio Sánchez-Albornoz y Gonzalo Menéndez-Pidal. Allí se encontraron, en el Callejón de los Lobos, con unos pastores que lo cantaron. Gonzalo hizo una foto con la que inmortalizó aquel episodio en la montaña.

Este romance aparece en *Flor nueva de romances viejos*, en *El folklore en la escuela* de Martínez Torner y en otras publicaciones. Además, la armonización que compuso Martínez Torner fue una de las piezas más queridas del repertorio del Coro del Pueblo en las Misiones Pedagógicas. En la *Historia del romancero* se cantó a dos voces; todos lo demás al unísono. En la foto aparecen Ramón Menéndez Pidal, en el centro, tomando notas, el pastor Melitón Martín a la izquierda y Claudio Sánchez-Albornoz arriba a la derecha, contemplando el paisaje



Este precioso romance de pastores y trashumancia ha sido versionado por artistas como Joaquín Díaz y el Nuevo Mester de Juglaría.

«La loba parda»

Nuevo Mester de Juglaría



«La loba parda»

Joaquín Díaz



7. Colofón

Al evocar la casa del Olivar, llena de libros, ficheros y grabaciones, abierta a investigadores y visitantes, no puedo evitar que me venga a la mente otra casa parecida: la que tiene Joaquín Díaz en Urueña. También él es un estudioso de noble barba, que además de recopilar e investigar el romancero ha realizado una magnífica tarea de difusión con sus grabaciones *Romances y cantigas sefardíes* (1971), *Romances tradicionales* (1972), *Romances truculentos* (1973), *Romances populares* (1976), *Romances de ciego* (1978), *Cancionero de romances* (1978) y *Romances del Renacimiento* (1979).

No me parece exagerado decir que gracias a ello el aliento del romancero continua su curso dentro y fuera del ámbito académico. A Joaquín le podemos considerar primo de Diego Catalán y digno nieto putativo de aquel sabio a quien dedicamos estas líneas: don Ramón Menéndez Pidal.

Y si algo quedó dudoso,
o poco claro el decir,
no culpéis al hablador;
que aun siendo poco ingenioso,
vino presto a bien servir
con decoro y con humor.





8. Anexo: La crestomatía

Recuerdo escuchar en casa dos extrañas palabras desde que tengo memoria: “glosario” y “crestomatía”. Eran dos términos que pertenecían a nuestro entorno familiar. Han seguido resonando hasta hoy en muchas conversaciones.

Mi madre, Marisol de Andrés, (1934-2024) empezó a trabajar en 1955 con Ramón Méndez Pidal, recomendada por su maestro Rafael Lapesa. Entre otros menesteres, Marisol ayudó a ambos sabios a revisar y publicar la *Crestomatía del español medieval*, una recopilación de textos de los siglos IX al XV. Los dos primeros tomos de la crestomatía aparecieron sucesivamente en 1965 y 1966, en la Editorial Gredos. El tercer tomo, dedicado a un glosario, quedó sin ver la luz, aunque la mayor parte del trabajo estaba listo. Marisol dedicó muchas horas a redactar cientos de fichas que conservó en un lugar de honor de su despacho.

Más de medio siglo después, en el año 2025, los ficheros del glosario han sido donados a la Fundación Ramón Menéndez Pidal por los hijos de Marisol. Era un destino que por fin se cumple. Ojalá ese tercer tomo del glosario vea la luz algún día. Los dos primeros tardaron muchísimos años en publicarse desde que don Ramón concibió el proyecto a inicios del siglo XX. El glosario del español medieval es un trabajo esencial y pionero dentro de la historiografía de la lengua española; testimonio de una extraordinaria y ambiciosa empresa. Además, perpetúa la relación profesional, de cariño y admiración que Marisol tuvo toda su vida con los Menéndez Pidal, a lo largo de cuatro generaciones: con Ramón Menéndez Pidal, Jimena Menéndez-Pidal, Diego Catalán y Sara Catalán. Son fichas rebosantes de años, voces, sueños y recuerdos.

En este enlace se puede consultar una biografía profesional de Marisol de Andrés preparada por María Pilar Benítez Marco:





Sara Catalán, Víctor Pliego y Antonio Cid

Entrega del glosario de la crestomatía de la
Fundación Ramón Menéndez Pidal el 11 de enero de 2025.

La conferencia se puede ver y escuchar en dos vídeos, disponibles en la canal Youtube la Fundación Joaquín Díaz.

Primera parte



Segunda parte



